

prólogo

ME ENVIARON ACÁ POR CAUSA DE UN CHICO. SE llamaba Reeve Maxfield, y yo lo amé pero luego murió, y pasó casi un año y no sabían qué hacer conmigo. Finalmente, decidieron que lo mejor sería mandarme a este lugar. Pero si le preguntaran a cualquiera de los empleados o profesores de esta institución, todos insistirían en que me enviaron acá debido a los “efectos persistentes del trauma”. Esas fueron las palabras que mis padres escribieron en el formulario de inscripción de El Granero, descrito en el folleto como un internado para adolescentes “emocionalmente frágiles y sumamente inteligentes”.

En la línea donde dice “Razón por la cual el alumno desea inscribirse en El Granero”, tus padres no pueden poner *Por un chico*.

Pero es la verdad.

Cuando era pequeña, amaba a mi mamá, a mi papá y a mi hermano Leo, que me seguía a todos lados diciendo: *Jammy, espérame*. En el segundo curso de la escuela secundaria, cuando tenía catorce años, me enamoré del

Sr. Mancardi, el profesor de Matemáticas, aun cuando mis habilidades para esa asignatura estaban muy por debajo de lo normal.

–Jam Gallahue, bienvenida –decía cuando yo llegaba tarde a la primera hora de clase, el pelo todavía mojado por la ducha; a veces, en invierno, las puntas se me congelaban como si fueran ramitas–. Estoy emocionado de que hayas decidido acompañarnos –no lo decía con tono sarcástico. Pienso que realmente estaba emocionado.

Me enamoré de Reeve de forma tan violenta como nunca me había sucedido antes en mis quince años. Después de conocerlo, las formas de amor que había sentido por esas otras personas resultaron repentinamente básicas y aburridas. Descubrí que existían distintos niveles de amor, al igual que en las Matemáticas. En ese entonces, en un aula más alejada, un grupo de genios compartían los últimos chismes sobre paralelogramos en las clases de Matemáticas Avanzadas. Mientras tanto, en las clases de Matemáticas para Principiantes del Sr. Mancardi, los demás nos sentábamos en medio de una nebulosa numérica, las bocas medio abiertas mientras contemplábamos confundidos a la irónicamente llamada Pizarra Interactiva Inteligente.

De modo que había estado, sin saberlo, en una nebulosa de *amor* para principiantes. Y después, de repente, descubrí que existía algo así como el Amor Avanzado.

Reeve Maxfield era uno de los tres alumnos de intercambio de tercer año, que había decidido tomarse un descanso de su vida en Londres, Inglaterra –una de las ciudades más apasionantes del planeta–, para pasar seis

meses en Crampton, un suburbio de Nueva Jersey, con Matt Kesman –un aburrido y alegre deportista– y su familia.

Reeve era diferente de los chicos que yo conocía, todos esos Alexes, Joshes y Matts. Y no era solamente por el nombre. Tenía una apariencia que ninguno de ellos poseía: elegante, encorvado y delgado, con jeans negros, ajustados y caídos que le dejaban ver los huesos de la cadera. Parecía uno de los miembros de alguna de esas bandas británicas punk de los años ochenta que mi padre todavía adoraba y cuyos álbumes conservaba en fundas de plástico especiales, porque estaba seguro de que algún día valdrían una fortuna. Una vez había buscado uno de sus discos más preciados en *ebay* y vi que alguien había ofrecido por él dieciséis centavos, lo cual, por alguna extraña razón, me provocó ganas de llorar. Las portadas de esos discos solían mostrar a una banda de chicos en una esquina, con aspecto burlón, riéndose de algo que solo ellos entendían. Reeve habría encajado a la perfección. Tenía cabello castaño oscuro, que se arremolinaba sobre un rostro realmente pálido porque, aparentemente, en Inglaterra no había sol. *¿En serio? ¿Nada? ¿Oscuridad total?*, le había preguntado cuando él insistía en que era cierto.

–Algo así –había respondido–. Todo el país es como una casa enorme y húmeda sin electricidad. Y a todos les falta vitamina D. Hasta a la mismísima reina –había dicho todo eso con expresión seria. Y tenía la voz *rasposa*. Y aunque yo no sabía qué pensaban de él en Londres, donde ese tipo de acento era común, para mí, su voz sonaba como un

fósforo encendido junto a un trozo de papel quebradizo. Parecía explotar con un estallido silencioso. Cuando él hablaba, me daban ganas de escuchar.

También me daban ganas de mirarlo sin parar: el rostro pálido, los ojos café, el pelo suave y desgreñado. Era como un vaso largo de laboratorio, de esos que usábamos en la clase de Química. Siempre se veía en ebullición porque, en su interior, siempre se estaba llevando a cabo algún proceso interesante.

Ya comparé a Reeve Maxfield con Matemáticas y con Química. Pero, en definitiva, la única asignatura que resultó realmente importante en toda esta historia fue Literatura. No la de mi escuela en Crampton sino las clases a las que asistí mucho después en El Granero, en Vermont, luego de que Reeve se marchara y yo apenas consiguiera sobrevivir.

Por misteriosas razones, yo había quedado entre los cinco alumnos elegidos para formar parte de una materia llamada “Temas Especiales de la Literatura”. Lo que sucedió en esa clase fue algo que ninguno de nosotros habló con nadie. Aunque, obviamente, pensábamos en eso todo el tiempo y creo que habríamos de continuar haciéndolo por el resto de nuestras vidas. Y lo que más me sorprende y obsesiona de todo es esto: si no hubiera perdido a Reeve y no me hubieran enviado a ese internado, y si no hubiera sido una de los cinco adolescentes “emocionalmente frágiles y sumamente inteligentes” de “Temas Especiales de la Literatura”, cuyas vidas se habían destrozado de cinco maneras distintas, nunca, jamás, me habría enterado de la existencia de *Belzhar*.